

CAPERUCITA Y EL LOBO

Caperucita salió muy tempranito de su casa serrana. El día antes por la tarde habían vendimiado gran cantidad de cerezas y una parte de ellas iba — ahora en una linda cestita colgada de su brazo en dirección a la capital — donde vivía la abuelita en un apartamento de soltera. La abuela era la oveja negra de la familia. Una vez que los hijos dejaron de necesitarla, le dijo al abuelo que en la sierra se aburría y que se iba para los madriles en busca de nuevos horizontes.

"Que la ciudad es muy peligrosa, que anda mucho gandul suelto, que la — pensión no te llegará", y otras mil cosas por el estilo le aconsejaron los miles de familiares que en estos casos todos tenemos; pero de nada sirvió; la abuelita se fue y los nietos se quedaron sin las propinas de los domingos, y los hijos sin las sobras anuales de la pensión.

No obstante, Caperucita sabía que a la abuelita Capi le gustaban las cerezas, y como ella llevaba el mismo nombre y era la nieta preferida, le agradecerían aún más. Así que iba, con su faldita colorada, por el sendero que baja desde el huerto hasta la autopista Madrid-Santibañez, por Santa María, — cuando, en un recodo, aparecieron, por entre unas gafas negras, las orejas del imbécil del Clodencio, el vecino de arriba, con un flamante casco de motorista en la mano y una sonrisa feliz debajo de la nariz, que daba esco — verlo.

-¿Adónde vas, cordera?. ¡Qué cerezas tan buenas!

-¡Plascrass! —Las cerezas están en el cesto, fresco. ¿Te he roto las gafas? Para otra vez te las quitas, por si acaso.

-¡Qué animala eres! ¡Si no te he tocado siquiera!

-Pues figúrate si lo hubieras hecho.

-Bueno, ¿adónde vas?— Clodencio se masajeaba suavemente el mentón.

-Voy a Madrid a ver a mi abuelita, que se ha echado un ligue nuevo y quiere presentármelo.

-¡Qué casualidad! Yo también voy allí; te llevo en mi moto.

-Ni lo sueñes. Me molesta el roce de ... el aire y se me deshace el peinado.

-¡Será más c modo el autobús!

-Por lo menos no sé con quién me encontraré; en la moto sí.

-Tú te lo pierdes— gritó cuando ya el bus arrancaba de nuevo. —Esta me — la pagas, y pronto— masculló mientras ponía en marcha su máquina y seguía —

fácilmente, pero a distancia, el camioneto público.

Caperucita soportó estoicamente los comentarios de un grupo de excursionistas de pueblo sobre las madrileñas, la falda, las cerezas, las otras dos frutas, y mil cosas más que no entendió; le puso mala cara a uno con traje gris que se bamboleaba demasiado en los baches y curvas, y casi sonrió al piloto que la contemplaba por el espejo retrovisor. Un par de miradas más y — llegó a su parada.

A unos cien metros, quizá algunos centímetros menos, Clodencio la vio bajar y al momento desconectó la moto y la siguió a pie con decisión. No era difícil, porque caminaba como paseando y no se detenía a mirar los escaparatés. En el último portal, antes de doblar la esquina, entró con la confianza de la costumbre, mientras el perseguidor avivaba el paso para, ~~mirar~~ al tocar el pomo, verla desaparecer en el ascensor con otras tres o cuatro personas. Sin dudarle un instante, traspasó la puerta, sacó del bolsillo trasero del pantalón una navaja y hurgó en el encendedor de la luz hasta que los plomos saltaron y el ascensor varó entre el cuarto y quinto piso. Rápidamente revisó los nombres de los buzones y no tardó en encontrar el que buscaba: CAPI DEL MONTE, 8º D". Entonces enfiló la escalera y sin perder tiempo, pero sin llamar la atención, se dirigió hacia el último y definitivo escalón de su venganza.

En el ascensor no cundía el pánico. Sólo un señor estirado mostraba cierto nerviosismo, quizá debido a la situación, quizá... de Caperucita, golosamente cercana y de momento sólo preocupada por la conservación de las cerezas, que amenazaban con cocerse si aquello seguía mucho rato. Las otras dos presas, ya mayores y probablemente madre e hija, despotricaban cada vez en grado más acerado sobre el gobierno socialista, que era el culpable de todo, que antes estas cosas no pasaban. Menos mal, a la media hora o así el vehículo volvió a funcionar y todos siguieron su camino como si nada.

Caperucita llegó a la D del 8º y llamó: "¡Abuelita, abuelita!"; pero nadie respondió. ¡Ah! la puerta estaba abierta, no preocupaban los ladrones por — allí. Fue primero el salón y no había nadie; luego a la cocina y tampoco; bueno, estará en el dormitorio todavía. Y acertó. En la cama estaba, pero.....

—¡Abuelita, hay un hombre contigo!

—No te asustes, hijita, es para dormirme mejor.

—¡Dijiste que me lo presentarías; pero no me imaginaba dónde!— exclamó más encarnada que su falda.

-Es para conocernos mejor, querida. No te pongas así. Aquí lo tienes-; y diciendo esto apartó el embozo, dejando al descubierto al ocasional amante.

Sí, señor; con su sonrisa feliz debajo de la nariz, allí estaba el Clodencio en cuerpo y alma. Caperucita abrió mucho los ojos y la boca, pero fue incapaz de articular una palabra. Dio dos pasos atropellados hacia atrás y cayó al suelo desmayada entre las rojas frutas.

La abuelita le dirigió una tierna mirada llena de comprensión: -Pobrecita,- dijo.- Esperaba algo más tradicional. Son tan cortadas estas jóvenes de ahora...

Recogió un puñado de cerezas y, tranquilamente, los dos se pusieron a comerlas. Las peludas orejas desentonaban un poco con la lisura del blanco — juego de cama.

1 - VI - 87.

JOSÉ MANUEL FERNÁNDEZ MARTÍNEZ.